

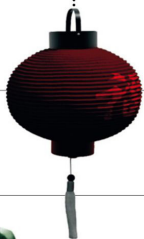


Seix Barral Biblioteca Formentor



# Mo Yan

## Cambios





Seix Barral Biblioteca Formentor

---

# Mo Yan

## Cambios

Traducción del chino por  
Anne-Hélène Suárez Girard

---

## 1

Se supone que debería escribir sobre lo acontecido a partir de 1979, pero mis pensamientos franquean ese límite y vuelan hasta esa tarde otoñal de 1969 en que resplandecía el sol, brillaban los crisantemos amarillos y los gansos salvajes iban hacia el sur. En ese punto, mis recuerdos se fusionan conmigo, y mi memoria deviene mi yo de entonces: un niño solo que había sido expulsado de la escuela pero que, atraído por el bullicio del patio, temeroso y encogido, se deslizaba por la entrada sin portero, recorría un largo pasillo oscuro y desembocaba en el centro mismo de la escuela, un patio rodeado de edificios por los cuatro costados. A la izquierda había un poste de roble con un travesaño sujeto con alambre del que pendía una campana de hierro oxi-

---

dada. A la derecha, una sencilla mesa de ping-pong hecha de cemento y ladrillos; alrededor, un grupo miraba jugar a dos contrincantes. De allí venía el bullicio.

Eran las vacaciones de otoño en la escuela del pueblo, y casi todos los espectadores eran profesores; sólo había unas cuantas alumnas, muy guapas. Eran de la selección de ping-pong formada en la escuela y tenían que participar en el torneo de la capital del distrito que iba a celebrarse con ocasión del Día Nacional, de modo que ellas no se habían ido de vacaciones, se habían quedado para los entrenamientos. Todas eran hijas de cargos de la granja estatal; comían bien, estaban bien desarrolladas, tenían la piel tersa y blanca, y al ser de familias ricas, vestían ropa bonita. Nada más verlas se daba uno cuenta de que no eran de la misma clase social que nosotros, hijos de pobres. Nosotros las admirábamos, ellas en cambio no se dignaban echarnos ni una mirada. Uno de los jugadores era un profesor de matemáticas que yo había tenido. Se llamaba Liu Tianguang. Era rechoncho, pero en cambio tenía una boca enorme donde, según decían, podía meterse su propio puño, aunque nunca realizó esta proeza delante de nosotros —a menudo afloran a mi mente imágenes de él

---

bostezando en la tarima, con esa boca abierta de par en par; era un espectáculo imponente—. Así que tenía un mote, «Hipopótamo»; pero como ninguno de nosotros había visto ese animal en la realidad y dado que los sapos también tienen la boca muy grande, y para colmo «hipopótamo» (*hema*) y «sapo» (*hama*) en chino se pronuncian de manera parecida, Liu el Hipopótamo pasó —es de sentido común— a llamarse Liu el Sapo. La idea no había sido mía, pero él estuvo haciendo sus pesquisas y llegó a la conclusión de que yo era el culpable. Liu el Sapo era hijo de un héroe de guerra, y además presidente del comité revolucionario de la escuela; ponerle un mote era un delito grave; así, el que me expulsaran de la escuela y me pusieran en volandas de patitas en la calle era lógico e inevitable.

Yo era muy poca cosa, un desgraciado desde la infancia, especialista en pasarme de listo para acabar metiendo la pata en todo. A menudo, cuando trataba claramente de hacer la pelota a algún profesor, éste creía que en realidad estaba intentando comprometerlo o meterlo en apuros. Cuántas veces exclamó mi madre: «¡Hijo mío, eres como el búho anunciando una buena nueva: por mucho que se esfuerce, a nadie alegra!», y era verdad. A nadie se le

---

ocurría nunca relacionarme con una buena acción; en cambio, todo lo malo era culpa mía.

Mucha gente creía que yo era un rebelde, que ideológicamente dejaba mucho que desear, que odiaba la escuela y a los profesores, lo cual era completamente falso. De hecho, abrigaba sentimientos profundos hacia la escuela, y aún más especiales hacia el profesor Liu el Bocaza, porque yo era un niño con la boca muy grande. En una de mis novelas, *Bocaza*, el personaje del niño está basado en mí mismo. El profesor Liu y yo, en realidad, éramos compañeros de desgracia, y deberíamos haber simpatizado el uno con el otro, o al menos habernos compadecido mutuamente... Si a alguien no le habría puesto yo nunca un mote era a él; estaba clarísimo, saltaba a la vista, pero él no lo vio. Me agarró por los pelos y me arrastró hasta su despacho.

—¡Eres....! ¡Eres...! ¡Eres peor que el cuervo que se burla del cerdo por ser negro! —fue lo primero que me dijo tras mandarme al suelo de una patada—. ¿Por qué no echas una meada y te miras en el reflejo? ¡Así verás tu boquita de cereza!

Quise explicarme, pero él no me dejó. Así fue como un buen niño que abrigaba los mejores senti-

---

mientos hacia el profesor Liu el Bocaza —el niño Mo el Bocaza— fue expulsado de la escuela.

Tan poca cosa era yo que, aun sabiendo perfectamente que el profesor Liu había anunciado mi expulsión a todo el mundo por megafonía, a mí la escuela seguía gustándome, y seguía yendo allí todos los días con mi vieja mochila a ver si tenía ocasión de colarme. Al principio, el profesor Liu se ocupaba personalmente de echarme y, cuando me negaba a obedecerle, me agarraba por la oreja o por el pelo y me arrastraba hasta fuera; pero yo volvía a deslizarme dentro antes de que él hubiera regresado a su despacho. Luego mandaba a varios alumnos grandes y robustos para que me ahuyentaran y, si no me iba, me agarraban por los brazos y las piernas, me llevaban hasta fuera y me tiraban a la calle; pero yo ya estaba otra vez en el patio antes de que ellos hubieran vuelto al aula. Siempre me arrimaba a una esquina, encojiéndome con todas mis fuerzas, tanto para no llamar la atención de nadie como para ganarme la simpatía de todos. Allí, en la escuela, los escuchaba charlar y reír, los contemplaba saltar y brincar. Lo que más me gustaba mirar eran los partidos de ping-pong; me resultaban tan apasionantes que a

---

menudo se me llenaban los ojos de lágrimas y me mordía los puños. A la larga ya les dio pereza echarme.

Esa tarde otoñal de hace cuarenta años, estaba yo agazapado en la esquina mirando al profesor Liu el Sapo, que blandía la raqueta de ping-pong que se había hecho él mismo —mayor de lo habitual, con la forma de las palas de cavar que se usan en el ejército—, enfrentándose a la que había sido mi compañera de pupitre, Lu Wenli. Ella también tenía la boca grande, las cosas como son, pero en su caso era proporcionada, no tan desmesurada como la mía o la del profesor Liu.

Incluso en esa época en que una boca grande no era considerada bonita, Lu Wenli pasaba por ser una pequeña belleza. Más aún teniendo en cuenta que su padre era el conductor de la granja estatal y que el vehículo que llevaba era un Gaz 51 de fabricación soviética, imponente y veloz como el rayo. En aquellos años, la de conductor era una profesión muy distinguida. Una vez, el tutor nos mandó hacer una redacción sobre el tema «Mi ideal», y la mitad de los niños escribieron que querían ser conductores. He Zhiwu, el chico más alto y fuerte de la clase, con la cara llena de acné, bigote incipiente y aspecto

---

de joven de veinticinco años, escribió en su redacción:

«No tengo más ideal que éste, un único ideal. Mi ideal es ser el padre de Lu Wenli.»

Al profesor Zhang le gustaba leer en voz alta la redacción que le había parecido mejor y la que le había parecido peor. Antes de leerlas, no decía el nombre del autor; después, nos pedía que lo adivináramos. En aquellos tiempos, en el campo, si hablabas mandarín hacías el ridículo, y nuestra escuela no era una excepción. El profesor Zhang era el único que se atrevía a darnos clase en mandarín. Era diplomado de la escuela de magisterio y tendría entonces poco más de veinte años. Tenía el rostro muy delgado, muy largo y muy blanco; llevaba raya al lado y vestía una chaqueta militar azul desteñido. Se sujetaba el cuello con un par de clips sujetapapeles y llevaba manguitos azul marino. Seguro que vistió otros tipos de prenda y de otros colores, no puede ser que durante todo el año, tanto en invierno como en verano, llevara esa ropa; pero en mi memoria su figura está asociada a ese atuendo. Siempre empiezo rememorando los manguitos de los brazos y los clips sujetapapeles del cuello, luego la chaqueta, y sólo entonces paso a vi-

---

sualizar su rostro, sus facciones, su voz, su expresión. Si no siguiera este orden, jamás podría recordar qué aspecto tenía el profesor Zhang. El profesor Zhang de entonces era un pimpollo, como se decía en los años ochenta; un yogurín, como se decía en los noventa; lo que ahora se llamaría... ¿un tío bueno, quizá?

Debe de haber palabras más en boga, más modernas para referirse a un joven apuesto, ya lo comprobaré cuando pueda consultarlo con la hija de los vecinos. A primera vista, He Zhiwu parecía mucho mayor que él. Decir que podría haber sido su padre sería exagerar un poco, pero habría pasado fácilmente por el hermano menor de su padre. Recuerdo que el profesor Zhang leyó la redacción de He Zhiwu con una entonación burlescamente histriónica:

«No tengo más ideal que éste, un único ideal. Mi ideal es ser el padre de Lu Wenli.»

Tras un instante de estupefacción, el aula se llenó de carcajadas. La redacción de He Zhiwu sólo tenía esas tres frases. El profesor Zhang sujetaba con dos dedos, por una esquina, el cuaderno de redacciones, agitándolo como si de entre sus páginas fueran a salir anotaciones ocultas.